

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO
FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 24 DE ENERO DE 1901

NÚM. 531

✻ DIRECTOR, J. F. Luján ✻

RESIGNACION



—Hoy me arrojó de su vera
el loco de mi marido.
Di. ¿No es cierto que cualquiera
me querrá, lector querido?



Crónicas al carbón

Que no haya toros, ¿eh?

o podía fallar.

Tratándose de un *mitin*, como dicen los gacetilleros, de una reunión pública y de protesta contra los toros, mi humilde persona debía sucumbir á las suaves cuanto guasonas insinuaciones de Luján, el tirano.

Tirano, y no retiro la palabra, así mande que me ponga en cruz. Luján es un director más *ausoluto* que Fernando VII en la *práctica* de sus funciones, aunque en *ideas* resulte todo lo contrario.

¡Pero si yo siento un horror santo contra los discursos de propaganda!—le dije, contestando á sus indicaciones de que debía asistir al *mitin*.

—Usted es enemigo de la fiesta nacional, y así lo ha manifestado en LA SAETA.

—Distingamos: yo he dicho que no iba á los toros, que me repugnaba el espectáculo; que era cosa de risa eso de que, gracias á tan bárbara y estúpida costumbre, conservábamos en la raza los caracteres de nuestra bravura tradicional; pero también he añadido que me guardaría muy bien de incurrir en las ridiculeces declamatorias de los que abominan de las corridas de toros, y, por último, fijese: he tenido buen cuidado en afirmar que me importaba un pito que se celebrasen ó nó: lo único que pedía, y justamente según creo, era que no se muriesen de hambre los maestros de escuela mientras holgaban entre honores los toreros, y, en fin, que la gente se divirtiera en uso de su libérrima voluntad, sin dejar de instruirse.

—Escoja: ó asistir al acto ó la cesantía.

Dilema terrible para mí; porque justamente ahora se me está declarando una rubia muy maja, la cual asegura que le divierten mucho mis ocurrencias, y que no lee otros trabajos del periódico sino los míos, y que rabie el director.

Defendiéndome, sin embargo, como gato patas arriba, añadí:

—Sea usted compasivo; tenga usted en cuenta que me pongo nervioso, excesivamente nervioso cuando habla el señor Avila. Si yo fuese tan chispeante como Taboada, aseguraría que cuando esto me ocurre suelo rascarle el cogote al que está junto á mí. Don Tiberio tiene un nombre muy sugestivo, pero no es su palabra tan sugestiva como su nombre.

—¡Don Claudio!

—Sí; es verdad que me llamo Claudio, y que es un nombre tan lindo y sonoro como el de Tiberio; pero ¿por qué no manda usted á Cuenca Pi, que tiene la virtud de parafrasear mentalmente lo que oye, y tiene paciencia de santo en cuestión de latas?

—Bueno: por una sola vez transijo, y conste que es la única, y que esta blandura mía no sentará precedentes. Irán ustedes dos.



Pepa la Cantaora

¡Cómo las gasta el hojalatero! ¡Vaya un modo de transigir! Por fortuna, el director tuvo una idea que expuso melosamente: el demonio es siempre así en sus seducciones:

—El acto empieza á las diez. Ustedes suelen ser madrugadores: tienen tiempo para almorzar en la cervecería de Moritz. Procure usted, sin embargo, que Cuenca Pi prescinda de los brindis. Su discurso, aunque más agradable que el de Avila, entorpecería la digestión de usted.

Y dándome unas palmaditas amistosas en el hombro, que es la más terrible fórmula del *ausolutismo* del director, por cuanto no os dejan ya lugar á réplica, concluyó el hombre:

—Vaya, vaya, y que le sean ligeros el faisán y las trufas.

* * *

Fuimos, en efecto, al teatro Principal, donde se hallaban congregados todo el *urbi* y toda la *orbi* de Barcelona y de su llano. ¡Santo Dios, qué *entradaza*! ¡Como que era gratis... *et amore*!

Y aquí cuaja lo del *amore*, porque, si nó, ¡á cualquier hora se mantienen aquellos ciudadanos estrujados, erguidos, aguantándose los más de pie, en posición inverosímil y con las manos apoyadas en las columnas ó en los frisos, para oír una serie de improperios y de imprecaciones contra el mismo *oyente* dichas!

A nosotros nos costó trabajo dar con nuestro centro de gravedad.

Nuestro centro de gravedad estaba en la orquesta, y para conseguirlo fué necesario que desde los palcos del primer piso nos echaran á las plateas, desde las plateas al proscenio, desde el proscenio á las butacas, lo cual que motivó que se nos perdieran las elocuentes frases de los primeros oradores. Entre tanto, pudimos observar que á los afortunados poseedores de los palcos los enchi-queraban, como si fuesen de *sentío*, cerrándoles la puerta el aposentador luego que los veía encajonados, y que aquel *mitin* era una verdadera *metedura*: público, pero con clases; una nueva y modernísima fórmula de la *igualdad* .. y del progreso.

Puede que los organizadores tuvieran razón; pero los encargados de secundarle ni pizca de .. lo *otro*. A Cuenca Pi quiso echarlo del escenario, donde nos *colamos*, quiso echarlo uno porque

tenía un cigarrillo apagado en la boca. El *uno* en cuestión llevaba un veguero de la vuelta de abajo en la mano, pero encendido. Cuenca Pi le dió una palmada derribándole el puro y diciéndole: «¡Gracioso!» El funcionario se enfureció como se enfurecen todos los funcionarios españoles para darnos

idea de que están investidos de autoridad, y nos indicó como un vulgar traspunte la salida. Yo creí del caso intervenir y apunté que éramos de la prensa, de esa prensa que el orador de turno estaba anatematizando juzgándola cómplice de la transgresión de la ley moral que se consumaba con el vergonzoso, sangriento y espeluznante espectáculo de las corridas, á la vista de las naciones.

—Pues haber empezado por ahí.

—Y usted por haber ido á la escuela.

* * *

Conseguimos un puestó de fagot, lo menos.

El doctor Robert, al vernos, sonrió.

Los más próximos se fijaron en la sonrisa, y, traduciéndola por un gesto de aprobación, aplaudieron.

El aplauso pilló al orador en la mitad de uno de los párrafos que llevaba aprendidos. Se le escapó la idea, hizo verdaderos ejercicios de agilidad para atraparla; y por fin tuvo el buen acuerdo de salir del lío pronunciando un «he dicho» consecuente.

¡Y hablaba en nombre de la juventud!



—¡Habrá toros! Lo juro siempre altanera,

mientras haya en mi cuerpo sangre torera.



—Un siglo se me hace ayer.
¡Ay, Reverte de mi arma,
cuándo te *gorveré* á ver!

—Pero ¡qué tonto ha sido el empresario! Si hubiera abierto la taquilla, de seguro que la gente esta que aplaude, se va derechita á la plaza sin pensar en comer.

Y la prueba la dió otro torero que, cuando salíamos del *mitin* ése, peroró defendiendo las corridas y fué... pues, nada, fué vitoreado como un orador de tanda más.

**

Yo deseo, naturalmente, la redención de mi patria y su progreso. Entiendo que no puede liberarse sino destruyendo todos los hábitos que la sujetan á la rutina de sus viejas preocupaciones, y los esfuerzos de la Comisión abolicionista merecen todo mi respeto. He puesto en solfa esta reseña, porque con el contraste de lo cómico con lo serio, se alcanza siempre lección provechosa.

Mi juicio franco es que tal labor resulta deficiente. Con reuniones como la del Principal no se conseguirá absolutamente nada. Las costumbres no se reforman con discursos... ni con tan inocentes conclusiones como las formuladas por la pretendida asamblea tampoco. Habrán visto los señores Robert y Avila que la prensa no ha respondido á sus excitaciones. Pero deben perseverar en su feliz y noble empeño. Es necesario ir contra los toros por medios prácticos. Exaltando la instrucción y la cultura del pueblo; trabajando por que ese pueblo alcance frutos de su laboriosidad, despertando un ideal en el fondo de su conciencia y haciendo que tengan fe en él.

Cuando Robert subió á su coche, alguien á nuestro lado dijo: Acaba de protestar de que maten á toros y á caballos, y ahora mismo irá á matar á cualquier enfermo.

Esta es la España de hace dos siglos: mientras se burle el vulgo del maestro y permita que sucumba en la inopia; mientras tenga esa desastrosa opinión del médico, es inútil desarrollar en bellísimos tropos toda nuestra enemiga contra las corridas y su fiesta.

CLAUDIO UGENA.

Cuando se levantó don Tiberio, echando *pa alante* el gabán como si quisiera echar un capote al toro, me levanté yo *asimismo*. Cuenca Pi creyó que iba á protestar y me tiró de la americana. Tuve que resignarme.

Es verdad que no hubo uno entre todos los que hablaron que dijera nada nuevo, ni convincente: aquello no fué un *mitin* para convencer, sinó para hablar. Yo, enemigo de los toros según el director, declaro que allí no se hizo otra cosa que repetir los tópicos de la sensiblería progresista. No es ése el camino. Hasta el propio Robert me dejó como quien ve visiones. Robert hizo un discurso para levantar aplausos, con párrafos de campana hueca que terminasen en punta. Repitió (si bien es verdad que no tan magistralmente como dicen algunos periódicos) la pintura del circo y del pugilato entre hombres.. á *cops de puny*... y podía haberse evitado aquel comienzo en que declaraba que el hablar en castellano era porque entendía que semejante acto debiera trascender más allá del Ebro, para que se iniciara un *amago* de tumulto que él mismo sofocó... siguiendo en catalán.

Eso de las lenguas no interesa á los toros; se les puede hablar hasta en volapük, lengua universal que no ha podido aprender nadie.

Los discursos fueron aplaudidos calurosamente y hasta coreados; pero es lo que decía un torero cuando yo entré:

MONÓLOGOS DE UNA JOVEN

No quepo en mí de gozo! Arturo me ama y su cariño no ha de faltarme nunca, porque él, digan lo que quieran los que le tienen envidia, no presta en balde ningún juramento. Es el prototipo de la formalidad; bien demostrado me lo tiene en mil ocasiones. Cuando él dice «negro», negro ha de ser aunque se oponga cualquiera. Lo primero es el cumplimiento de su palabra, de la que se hace esclavo siempre.

¡Cuántas contrariedades ha sufrido por ser así!... Pero él me dice que todo le es nada con tal que yo le quiera...; y, francamente, le quiero. A veces me gusta hacerle rabiar... pero eso son nubes de verano. ¡Sí: le tengo seguro!

**

¿Cómo es esto?

¿Una carta por el interior?

A ver la firma. Luis Rodríguez... ¡Ah!... Sí: el chico aquel que me hizo cocos en los bailes de las de l'úster.

Parecía simpático.

(Leyendo.) «Adorable señorita: Desde el feliz momento en que tuve la grandísima dicha de verla por primera vez...»

¡Bah! Las frases de todas las declaraciones escritas y por escribir.

Y ¿qué contesto?

Estoy indecisa. Arturo se pondría hecho una furia; pero siempre vendrá á ser el mismo.

Es muy agradable variar, como dicen en *Las Dos Princesas*.

Variemos.

(Escribiendo.) «Estimable Arturo: Mis padres se oponen á que continúen nuestros

amores y creo lo más oportuno suspenderlos por algún tiempo. Tuya siempre,

»Elvira.»

Ya está. Ahora al correo con ella.

¡Ah! Me olvidaba. Escribiré también á Luis.

(Escribiendo.) «Sr. D. Luis Rodríguez. Muy señor mío y amigo: Recibí oportunamente su grata, accediendo á las relaciones amorosas que en ella me pide.

»Suya afectísima amiga q. b. s. m.,

»Elvira Gómez.»

Todo está arreglado. No hay mejor cosa que escribir de prisa.

**

¡Quién había de creerlo!

Era falso el amor de Luis.

¡Ponerse en relaciones con una chica feota y arisca á los diez días de hablar conmigo!

Y en cuanto á Arturo, también ha dado media vuelta al recibir mi carta, y no ha parecido más por ahí enfrente. Me asomaré y quizá le vea.

¡Ca! Ya no vuelve.

¡Imbécil de mí! Ahora comprendo mi disparate.

Y me dijo ayer una amiga que estaba en relaciones con una vecinita suya.

¡Infame!

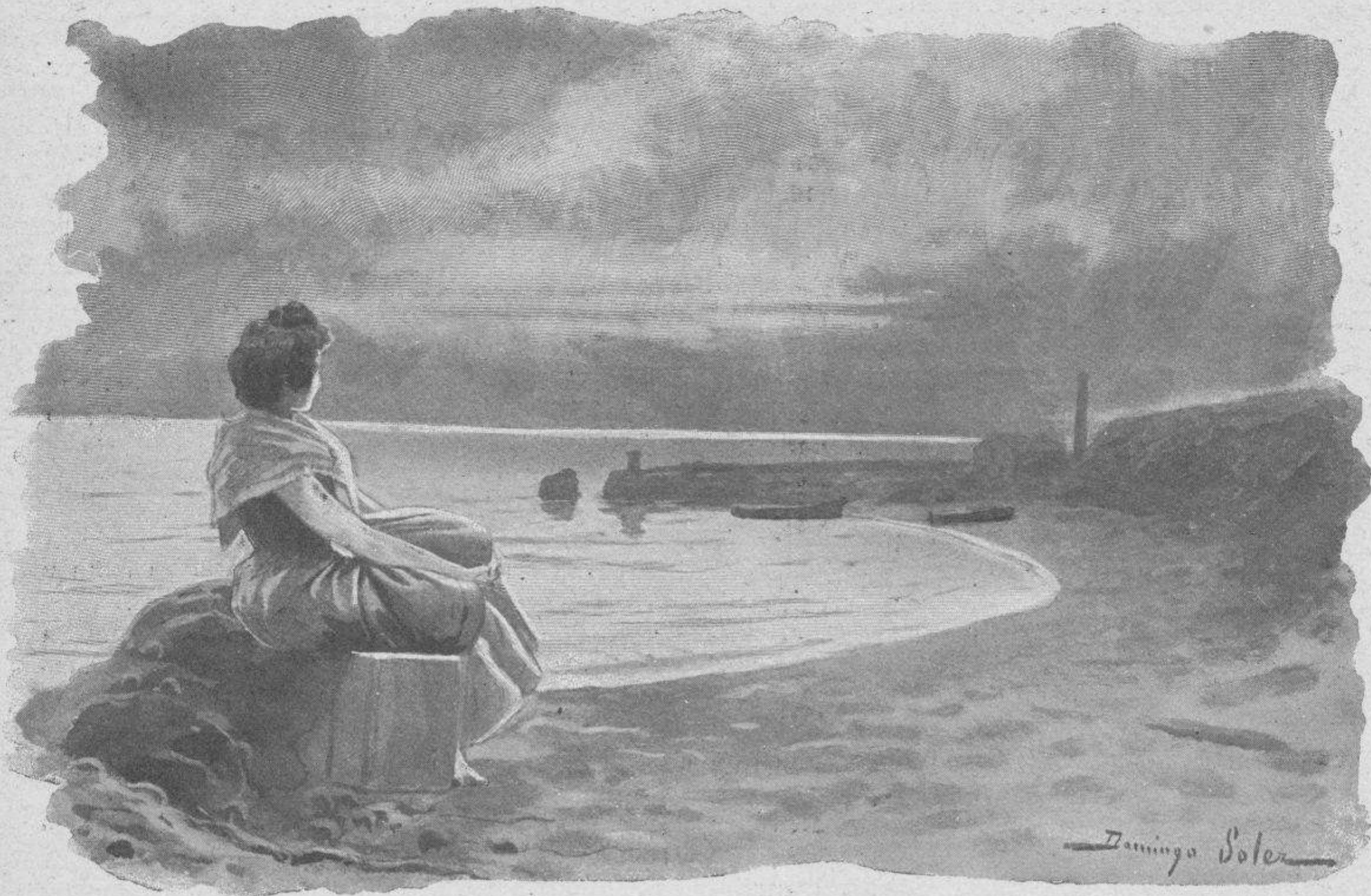
Por supuesto, que, aunque yo no quiero concluir de entenderlo, mi conciencia me está diciendo continuamente que Arturo no ha hecho

más que corresponderme al volverme la espalda.

Siempre hemos sido tontas las mujeres.

FERNANDO FRANCO.





INESILLA

(La historia eterna)

I

Siguiendo la curva raya
que el mar dibuja en la orilla,
cuando la tarde desmaya
suele vagar por la playa,
pensando en Juan, Inesilla.

Guarda Inés en su memoria
la vulgar y eterna historia
del que, viendo su pobreza,
va en busca de una riqueza
que es, casi siempre, ilusoria.

Y piensa en un pescador
que le otorgaba mercedes;
en su confesión de amor
que ella escuchó con rubor
sentada sobre unas redes.

En el idilio amoroso
de cierta noche sin luna;
y en el proyecto ambicioso
que formó Juan, deseoso
de ir en busca de fortuna.

Recuerda Inés la mañana
en la que, adornado el cielo
con nubes de ópalo y grana,

partió Juan para la Habana
dejando el nativo suelo.

Y mientras la hacen sufrir
los mil recuerdos que evoca,
siente en sus labios latir
el beso con que al partir
selló Juan su linda boca...

A Juan espera Inesilla.
Por eso, la pobrecilla,
que hace de constancia alarde,
vaga del mar por la orilla
cuando declina la tarde.

Con tal fe suele esperar,
que cuando Inés junto al mar
sus breves pasos detiene,
se sonríe al murmurar
«Hoy viene mi Juan, hoy viene».

Mas cuando envuelta en la bruma
de medrosa noche insana
vuelve á su choza cercana,
sintiendo tristeza suma,
gime Inés: «¡Vendrá mañana!»

II

Una tarde tormentosa,
á la claridad medrosa
del crepúsculo, Inesilla
ve una nave que, afanosa,
se dirige hacia la orilla.

Cortando las olas, vuela
buscando del viaje el fin.
Marcha, audaz, á toda vela
y un surco de blanca estela
deja tras sí el bergantín.

Cuando el mar furioso azota
sus bandas y él cabecea,
más que un bergantín que flota,
parece blanca gaviota
que sobre el mar aletea.

Con tal rapidez avanza,
que ya Inés á ver alcanza
la gente que lo tripula;

mira más y un grito lanza
y el nombre de Juan modula.

Dudando, la pobrecilla,
si es ilusión de su afán
mira, ansiosa, al capitán
y exclama, alegre, Inesilla;
«¡Es Juan! ¡Le conozco! ¡Es Juan!»

Juan es. Arrogante y bello
salta, á poco, del navío,
é Inés, junto al mar bravío,
le echa los brazos al cuello
murmurando: «¡Juan! ¡Juan mío!»

Pero Juan, que, por la traza,
sólo olvido en su alma abriga,
dice al par que la rechaza:
«¿Qué me quiere esta rapaza
que de tal modo me hostiga?»

.....

III

Cuando triste y sin consuelo
quedóse en la playa á solas,
henchida el alma de duelo
alzó, Inés, la vista al cielo
y hundió sus pies en las olas.

No lloró; la pobrecilla
maldijo el fatal encuentro
y, dejando atrás la orilla,

siguió adelante, Inesilla,
mar adentro... mar adentro...

.....
Aquella noche no osaba
la nivea luna á rielar,
y el oleaje empujaba
débil cuerpo que flotaba
sobre las ondas del mar.

A. SERRA CUBELLS.





CONSULTANDO AL AMOR

La Saeta

EL HERRERO

(CUADRO SOCIAL)

BAJO la ennegrecida campana de una chimenea angosta y derruida, está la fragua. A su lado un mocetón de tostada y lustrosa piel, en la cual se observa el movimiento de una musculatura de elefante, levanta el pesado martillo, que deja caer sobre el yunque, produciendo el estampido de un cañonazo. Sudoroso el cabello, desgarrada más que abierta la camisa, desnudos los brazos, jadeante el velludo pecho, entreabierta la boca, cejijunto, iluminado su rostro por el resplandor de la hoguera... Parece el dios mitológico forjando sus rayos.

Más allá, tras el fuelle, mascullando una copla popular, en la que se van las últimas energías de un esfuerzo titánico, un rapazuelo churretoso, en cuya faz se distinguen las huellas del hambre, estira y contrae sus bracillos escuálidos, sin más descanso que el cuarto de hora que se le concede para comerse un trozo de pan ennegrecido y duro.

En un rincón, agazapado sobre un montón de leña, un perrillo enclenque y gruñón, de lacio pelo y ojos vivarachos, hace como que duerme, con el hocico entre las manos.

Sentada en una silla de anea, con un cesto de costura al pie, una mujer joven, bella, virtuosa, remienda un canasto de ropa blanca, tan blanca como rota. En el suelo, un angelillo de rosadas mejillas juguetea con un ovillo de hilo, que tira por alto y recibe con aspavientos.

Ahí tenéis un cuadro de la vida, de una vida miserable, llena de torturas.

¡Paciencia sin límite la de ese hombre que nació para sufrir y morirá sin merecer ni una gacetilla en los periódicos!

Si una vez se emborracha—único placer permitido á los desheredados—, tras de robarle el tabernero, es conducido á la prevención á fuerza de puntillones.

Y si se da un golpe y se inutiliza, el refugio de su vejez será un Asilo.

Eso si tiene influencia.

MIGUEL DE SILES CABRERA.

CHISMOGRAFÍA

APUNTES

- I
- ¿Conque, por fin, se nos casa la Consuelo?
- ¿Qué Consuelo?
- ¡La Pechitos!
- ¿La Pechitos?...
- ¿Cómo se va á casar eso, si es, como sabe tóo el barrio, un perico verbenero?...
- II
- Quien se casa legalmente otra vez es la Remedios.
- ¡Oye! Pero ¿está Dios loco?
- No debe de estar muy cuerdo.
- ¡Pues hay que llenar entonces la calle de burladeros!
- III
- ¡Chico, estoy loco perdío por la hermana del güevero!
- No digo que no.
- Lo que oyes.
- ¡Pero loco hasta el extremo de hacer cualquier sacrificio por esa mujer!
- Lo creo.
- ¿Por qué?
- ¡Porque estás chalao por ella hace mucho tiempo!
- ¡Y con razón! ¡Miá que es guapa! ¿Verdá?
- Y muy moñosa; pero,
- á pesar de los achares que le da esa niña al Verbo, no te va á ser muy difícil hacerte con sus afectos en cuanto que la cameles.
- ¿Sí?...
- Pues ¡claro! Y sino, al tiempo. Yo estoy ya muy cacheao, y ¡filo!... y ¡oigo!... y ¡entiendo!...
- Pues ahí verás tú: me ha dicho el compadre del güevero que renuncie á cortejarla, porque no admite cortejos de ningún hombre del barrio, aunque se empeñe San Pedro.
- ¿Quién?
- ¡Esa!
- ¡No seas primo!
- ¡Que no los admite, Eusebio!
- Lo que no admite es moneda falsa, para tu gobierno.
- ¡Y hace bien!
- ¡Naturalmente!
- ¡No va á regalar el género!
- IV
- ¿A quién dirás que vi anoche en casa de la Loreto?
- No sé, chico...
- ¡A la *Fatigas*!
- ¡Cómo! ¿A la hija de la *Cuervo*?
- ¡A ésa!
- Pues no me sorprende la noticia. ¿Lo estás viendo?
- Gachó, ¡vaya una caída!...
- ¡Si yo lo dije hace tiempo que ésa iba ser del dominio de todo Madrid entero!
- V
- Pero ¿es verdad que te casas, *Chivarrita*?
- ¡Ya lo creo!
- ¿Lo has pensao bien?
- Me parece.
- Y ¿qué resuelves con eso, me quieres decir?...
- ¡Casarme!
- Pues, chico, te compadezco. ¿Dónde quieres que te entierren?
- ¿Por qué?
- Porque ése es un gremio para hacerse uno accionista de papeletas de empeño, con *occión* á suicidarse. Es decirte, y te lo advierto, que el que se casa es un primo; pero que es un primo...
- Bueno: pues yo creo lo contrario. Ahí tienes tú.
- Y lo comprendo; porque tú no has visto el mundo más que por un *abujero*, ¡y yo lo he visto por varios!
- Pues ¡claro!
- Ni más ni menos.

EUSTAQUIO CABEZÓN.



La batalla del Bruch

(Episodio de la guerra de la Independencia)

I

PODEROSOS, aguerridos y en gran número eran los sicarios napoleónicos, que después de vencer á los mejor organizados ejércitos de las potencias europeas, invadieron el territorio español, se apoderaron con engaño vil de gran número de sus plazas y fortalezas, y pretendieron dominar á Gerona, para tener así libre comunicación entre España y Francia, proteger sus miras y planes de campaña y mandar en absoluto en toda la Península Ibérica.

II

Con tal objeto, y en dirección al valle de Monserrat, el 9 de junio de aquel año glorioso de nuestra santa independencia, salía de Barcelona un brillante ejército del invicto Capitán del Siglo, dispuesto á apoderarse por completo del Principado Catalán, juzgando fácil empresa para ellos, hechos á derrumbar tronos en una sola jornada, llegar á vencer á aquellos rudos *payeses*, desorganizados y sin un solo elemento de combate.

Pero no era así.

Enterados de ello los heroicos hijos de Igualada, Sabadell y Manresa, decidieron oponerse al avance de los franceses, confiados, más que en los medios, de que podían disponer, en su legendario valor é indomable tenacidad, en el vigor poderoso de su firme aliento, en la fe que les infundía el hermoso sentimiento de la Patria.

Y así, sin armas, careciendo de lo más indispensable, demoliendo sus casas para con ellas construir trincheras y reductos, y rasgando sus vestidos para hacer vendas y estandartes, llegaron todos al Bruch, decididos á vender cara al invasor su independencia y libertad.

III

Juanelik apacentaba rebaños.

Era un mozalbete de quince eneros, imberbe, casi un niño, cuya única misión era saltar por aquellos riscos embravecidos, perseguir con la honda á las cabras de su manada y reunir las al anochecer, para conducir las á la aldea.

Ignorante y sencillo, cuando supo que los franceses marchaban en aquella dirección y que allí mismo se libraría una sangrienta batalla, lloró como un niño, tuvo miedo y corrió á reunir sus corderos y sus cabras, para guardarlos en una cueva próxima, oculta entre ásperas y puntiagudas rocas y cubierta por espesos zarzales; y allí, solo, acurrucado en el último rincón, temblaba nerviosamente á cada disparo que se dejaba oír, y comparaba, sollozando, la noble sencillez de los hijos de la montaña con la ambición desordenada de los que viven en la tierra baja, respirando la viciada atmósfera del crimen y llegando al espantoso derramamiento de sangre.

IV

Encontráronse, por fin, los valientes catalanes y los soldados del Imperio.

Presentaron los hijos del Bruch sus pechos al odiado invasor, hicieron prodigios de valor heroico, tal derroche de tenacidad y entereza, que los franceses, atónitos, dudaron un instante, cedieron después y luego huyeron desmoralizados, cayéndose sus legiones como castillos de naipes que desbarata el huracán.

Pero reforzadas de nuevo las huestes del usurpador con aguerridos y firmes contingentes, animados con la idea de aniquilar á aquel puñado de valientes, iban ya á conseguir alguna ventaja sobre los nuestros y considerarse dueños de la situación, cuando en una pequeña altura que dominaba el campo de batalla, un muchacho imberbe, casi un niño, con los ojos llorosos y en las mejillas pintados el rubor y la vergüenza, hace redoblar, á manera de tambor, una lata de petróleo que cuelga de su cuello, llamando á los suyos al ataque.

Aquel sencillo pastor es *Juanelik*, y tal efecto produjo en los franceses aquel terrible ataque, en el momento decisivo de la contienda, que no pudiendo resistir tanta bravura, huyeron, destruidos y vencidos, dirigiéndose otra vez á Barcelona.

V

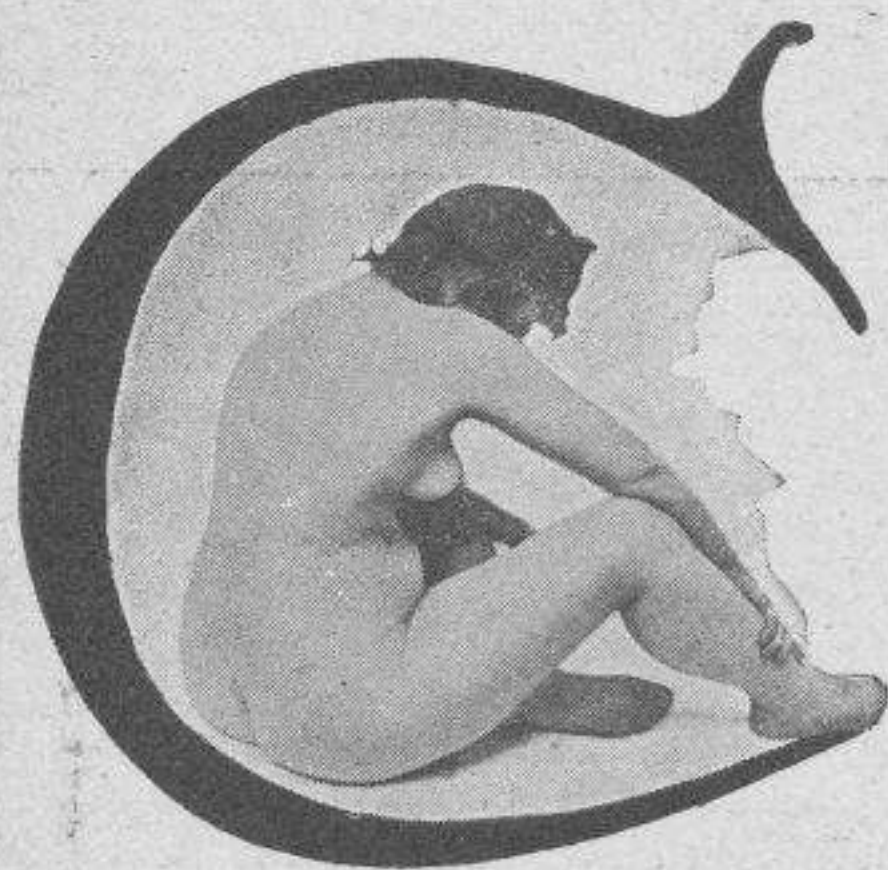
Tal fué la batalla del Bruch, la gloriosa jornada del 10 de junio, de imperecedero recuerdo, y que hizo inmortales Manresa, Igualada y Sabadell.

RICARDO S. DE INESTRILLAS.



¡Que le olvide! ¡Que piense que con él nunca tuve nada que ver! ¿Si creará el ingrato que hay sucesos que pueden pasar sin dejar *una estela* indeleble?

NOCTURNO



ÓMO atrae y cómo acompaña la luz del hogar, cuando de pronto la veis centellear en negra noche entre el ramaje! El corazón se ensancha, palpita, y os ponéis á cantar. Todo aquel paisaje esfumado al carbón, que entristecía á los adormecidos ojos, cuando no sobrecogía al corazón con alguna de sus fantásticas deformidades, desaparece. Caballero y caballo ya no ven más que aquella lucecita. Los dos la conocen; los dos sienten su hechizo.

Tras, tras... tras, tras..., el caballo galopa más vivo. El caballero tararea su canción favorita.

De pronto, el caballo endereza las orejas; el caballero calla y escucha. No se oye ni el zumbido de un mosquito.

—¡Parecióme oír la voz del pequeñuelo!

¡Ilusión! Era el pío pío de un pájaro que ha huído del nido sobresaltado. Y aquella lucecita aun está lejos, lejos... pero centellea llena de vida.

Tras, tras... tras, tras... El caballo precipita la marcha con airoso trote. El corazón del caballero se esponja y palpita de contento.

Otra vez el caballero recoge la brida y escucha.

¡Gente se adelanta!... Serán los de casa... Todos vienen á recibirme.

¡Ilusión! Una bocanada de aire, enmarañando la cabellera de los pinos, no sé qué rumores ha fingido.

—¡Arre, caballo!

Tras, tras.. tras, tras... Pero desde la cima de este cerro parece que la luz se aleja. El caballo

galopa bajo los sauces que cubren la bajada.

—¡Eeeh...! ¡So...!
¡No, no! ¡Arre, caballo! Creí que alguien lloraba, y es el agua que resbala arroyo abajo... ¡Cómo se me oprimía el corazón!... ¡Bueno! ¡Ahora la luz se apaga! ¡Quizás ya no me esperen!... ¡Ah, no; ya la vuelvo á ver! ¡Arre, arre, caballo, que pronto llegaremos!

La luz ha crecido; un gran resplandor la rodea... Y dentro de este resplandor el caballero imagina á toda la familia, esperándole en torno de la blanca mesa. La sopera humea, el cristal y la plata brillan; los niños engañan al sueño abriendo los ojos tanto como pueden; la madre



Acaban de revelarme
que es venenoso el amor.
¿Quieres, niña, en venenarme?

escucha, inclinada sobre la ventana; la camarera cabecea de pie junto á su propia sombra, que dibuja sobre la pared su cuerpo. Hasta el solemne tic-tac del gran reloj de caja cree sentir el caballero.

Tras, tras... tras, tras... ¡Anda, caballo, anda, que estamos cerca!

El caballo galopa al pie de robles centenarios que la obscuridad ha agigantado más. Es el robledal de la masía; bien lo conocen caballero y caballo. La luz oscila por los claros del bosque.

Tras, tras, tras... Pasado el robledal viene el camino de Abajo, encajonado entre ribazos, encima de los cuales asoman los árboles de la huerta.

De pronto el caballero se estremece. Un bulto negro se ha separado del ribazo, se encabrita un momento y luego se desliza camino adelante. Cuando vuelve la cabeza, sus ojos brillan como lucecitas: es el gato.

—Anda, caballo, ya llegamos.

¡Glup!... ¡glup!... ¡glup!...

—¡Y tanto como estamos cerca! Oye el *León* cómo ladra.

El caballo pasa al trote, se sacude la cola y las crines, bracea ufano, lanza resoplidos, estornuda, relincha, y llega tan anhelante á la verja de hierro como el caballero. La verja abre paso franco con estruendo. Estalla un coro de voces queridas; grandes y pequeños rodean al caballero apenas echa pie á tierra; el *León* rompe el collar, brinca, lamiendo la cara y las manos del amo, mientras el gato le refriega el lomo arqueado por las piernas, culebreando y maullando tímidamente, y los niños, enracimados en los brazos del padre, rompen en risas y besos. La sonrisa esponja la cara de la esposa y brilla hasta en las caras de los criados.

Y cuando á la luz de la linterna que oscila en las manos del mayordomo sube la escalera la familia, el caballo, ya desensillado, se le escapa al mozo, brinca como un carnero y entra relinchando en el establo.

—¡Ah!—dice el señor, una vez arriba.—¡Ya estamos en casa! Bendita luz; ¡tú eres el ojo adorado de la familia!.. Cerrad las ventanas: que ya todos dentro del hogar, esta luz no dice nada á los de afuera.

NARCISO OLLER.

Ha muerto Víctor Balaguer.

Víctor Balaguer ha sido, ante todo y más que todo, un patriota: uno de esos caracteres enteros que desgraciadamente escasean hoy en el país.

Su poderosa inteligencia, sus iniciativas, su fortuna, todo lo puso á disposición de la patria España.

LA SAETA se asocia al duelo nacional.

Descanse en paz el ilustre patrio.



—En esta posición estaba cuando el infame me llamaba «¡virgen!»... ¡Ay, Dios! ¡Cómo han variado las cosas!

¿Qué ojillos? ¡Ojazos!

Novela corta por J. F. LUJÁN

III

PUEDE darse por seguro que cuando dos jóvenes empiezan su coloquio con tanto gracejo y soltura, cuesta trabajo poner punto redondo á la palabra. El beso que Lucino estampó en la mano no fué sino un punto y aparte. Desgraciadamente seguía lloviendo menudito, y el rumor del agua al caer dulcemente sobre las baldosas, no pudo apagar el eco ruidoso de la caricia; la vehemencia del joven repercutió en los oídos alarmados de *zeñá* Mariquita, quien, por las trazas, hallábase muy quieta, pero no menos atenta y vigilante, detrás del portillo que daba acceso á los bajos.

Zeñá Mariquita era una vieja cincuentona, mujer de Pancho Pérez, el hombre más jovial y dicharachero de Roquesuna.

Era también, como habrá sospechado el discreto lector, madre de Inesilla.

La buena señora no creyó oportuno intervenir mientras la conversación seguía mansamente por los caminos de la burla donosa, que eran, según ella imaginaba, caminos de enamoramiento.

Es fama que durante el palique se frotó tres ó cuatro veces las manos con marcado regocijo, diciéndose en sus pensares ocultos: «Novio en puerta». Y si resulta indiscutible que nadie pudo verla

por ser tanta la obscuridad del portalón y del portillo, y tampoco oír, se ha venido en averiguación de tal caso por indiscreciones suyas, que fácilmente pasaron al dominio de la crónica maleante, y que pudo recoger en sus apuntes el novelista.

El hecho es que el beso de Lucino sonó demasiado fuerte, y que semejante sonoridad alarmó la conciencia de *zeñá* Mariquita.

—Nó, eso ya no *pué permitise*; eso es pasarse á mayores. Mi Pancho no era tan mocoso como éste y tardó mucho más á ponerme los labios encima. Pero *cuidiao*, Mariquita, que la nena es casadera, y no hay que tirar de la manta como tira el demonio.

Y dicho y hecho: salió de su escondrijo, tosió, como tosen todas las viejas cuando quieren dar prueba de su discreción, y plantándose entre Inesilla y Lucino, murmuró:

—A la paz de *tóos*: cuenta, hija mía, que no te convienen los relentes ni los



Un seno blanco y turgente,
una negra cabellera

y una sonrisa de ángel
que le fascina á cualquiera.

fríos ¡José, si parece nieve la llovizna!
¡Vaya una noche! ¿Verdadera, caballero?

—Madre, pos no es pa tanta exageración. No parece sino que no hubiéramos llovido nunca,—replicó la doncella con ostensible gesto de displicencia.

—¡Quia!—añadió Lucino.—Si eso no es más que el rocío de la mañana.

Inesilla no pudo disimular una sonrisa picaresca.

—¡Cómo!—murmuró.—¿Amanece ahora, por si acaso, á las nueve de la noche?

—Misté, señora,—contestó Lucino, encarándose con la mujer de Pérez;—denque la he visto entre las brumas de la oscuridad, se me ha antojado que toitas las campanas de los campanarios tocaban á maitines.

La señora Mariquita tuvo que recurrir al expediente de toser y llevarse un pañuelo á la boca para que no se la viera reír.

—Osté, y osté disimule, es el vecino de al lado, nó?

—Uno de los vecinos.. Estoy de huésped.

—Sí; ya sé quién es osté: es osté un arquitecto.

—No, señora: soy dibujante... Artista.

—¿Artista? ¿Como los volantinos que trabajan en el Circo?

—Como los que trabajan en el taller... Si quiere usted venir, le haré á usted el retrato.

—Entonse diga osté que es osté fotógrafo... Lo mesmo da: yo ya estoy con una pata que renquea y con la otra que se estira. No le tengo afición á estas maquinillas nuevas. Por si acaso retrata osté á ésta, que es joven y se pone polbos como las de su tiempo.

—¡Oh! A Inesilla no necesito tenerla delante para dibujarla; mañana verá osté si está propia, porque la tengo á todas horas presente en mis ojos y muy metidita en el corazón!

Estas últimas frases le valieron al artista el primer pellizco de la temporada.

—Golviendo á lo de enantes,—continuó la vieja,—tanto gusto y tanta honra como nos da el vecino con su presencia; pero mi hija ha estao malucha, y si el médico la hubiéramos visto al pasar, vamos al decir, ¿qué piensa osté que diría? Que yo era una dejá y una madre sin entrañas; y yo entrañas las he tenido, que por eso está ésta en el mundo, y las tengo. Y yo me digo: si el señor quiere pasar y honrar esta su humilde casa, mu conformes; si el señor quiere dirse, pos se va, y si no se va á casa porque es trempanito, se lleva un paraguas, que aunque no es de seda, no tiene nengún gujero ni nenguna vairilla rota.

—Venga el paraguas... Lo otro sería abusar... ¡Tiempo tendré!

Y esto le valió el segundo pellizco, que, según la cuenta, más que de monja era de fraile.

Se entabló una discreta disputa entre madre é hija sobre quién debía ir y volver con el dichoso chisme; la madre no quería entrar en la casa, la hija tampoco. Por fin se impuso la autoridad, y la moza entregó al poco rato el paraguas, nó sin pruebas ostensibles de su mal humor.

Era la primera riña con el tercer pellizco que Lucino se ganó al murmurar: «buenas noches».

(Continuará.)



¿Quién por calmar caprichos de esta huri no daría, á ser suyo, el Potosí?

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

(LIBROS RECIBIDOS)

Poesías.—FEDERICO CANALEJAS.—Para honrar la memoria del malogrado poeta, su noble y amantísimo padre D. Federico Canalejas y Casas ha publicado este tomo, reuniendo en él las poesías dispersas, lanzadas á los cuatro vientos por medio de las efímeras hojas volanderas, donde el escritor lucha denodadamente para conquistar renombre.

No siempre se alcanza la victoria y aun en vida Dios sabe el martirio que cuesta agrupar en un libro, para que no se pierda en la confusión de firmas y de periódicos, la penosa cuanto noble labor. Uno de los deseos más vehementes del artista en su juventud es el de afirmar su personalidad en un volumen. Federico Canalejas lo tuvo ¡ay! en momentos bien tristes de su existencia: cuando habiendo logrado un lugar independiente en la prensa, se sentía desfallecer. No pudo verlo satisfecho en vida, y se ha respetado su ilusión con piadosa ternura después de muerto.

Federico Canalejas murió muy joven, y era, al sorprenderle la muerte, una esperanza para lo porvenir. En el libro, que hemos saboreado con delectación, respira un aire de humorismo sano, que da á sus composiciones cierto relieve entre las de índole festiva.

Como el volumen, numerado, no se vende, agradece-

mos al padre con toda nuestra alma tan señalada atención, y reiterándole nuestro sentimiento y la seguridad de que figurará en lugar preferente de nuestra biblioteca un libro que ha de mantenernos viva la memoria del que se fué...

Dos poemas en prosa y un cuento misterioso.—FERNANDO GABALDÓN RODRIGO.—Con el título de «Duice soñar» y «Enrique y María», ha publicado el señor Gabaldón dos interesantes y poéticas narraciones. El cuento «Un ciclón» y el fragmento en verso que le sigue, se leen con gusto.

Prosa y versos.—FERNANDO FRANCO FERNÁNDEZ.—El distinguido periodista señor Franco Fernández ha coleccionado sus amenos cuentos y sus chispeantes y discretas composiciones en verso; al tomito le han puesto un prólogo Rafael Serrano Alcázar; un intermedio Sinesio Delgado, y un epílogo Salvador Rueda.

El señor Franco Fernández es también uno de nuestros jóvenes gladiadores. Merece el aplauso por la fe y el empeño que pone en estas lides de la inteligencia, y no seré yo, ciertamente, quien le excuse mis elogios.

Tenemos otros libros en cartera.

CLAK.

PRÁCTICAS CORSARIAS



Can, enemigo acérrimo de los ciclistas, aprovecha la ocasión...



y entrega el botín á su dueño señor Miquelet.

**

El paludismo.—Así se titula un trabajo escrito por el Dr. Gil y Morte, de la Facultad de Medicina de Valencia, que ha llegado á mis manos y he tenido el gusto de leerlo de cabo á rabo y de un tirón, apenas recibido.

Quisiera tener tiempo y espacio suficientes para poder hablar aquí, con la extensión que el asunto merece, del libro del Dr. Gil y Morte; pero como ni uno ni otro los tengo sobrados, no haré más que dar una ligera idea, á fin de que nuestros queridos lectores lo adquieran y lo lean con la detención necesaria para formarse concepto acabado de ello.

Divide su trabajo mi compañero Gil y Morte en varios capítulos, todos de verdadero interés, en los que, con lenguaje castizo, estilo sencillo y desprovisto de frases retóricas, impropias siempre de todo trabajo científico, y demostrando un caudal de conocimientos inmenso en la materia, trata el autor de la etiología de la enfermedad, lesiones que se observan en ella, formas clínicas que puede afectar el paludismo, diagnóstico, pronóstico y tratamiento á que se debe recurrir en cada caso particular.

La claridad y la concisión son las dos condiciones indispensables que debe reunir toda obra de este género,

y ambas las posee en grande escala el libro á que me refiero; y si á esto se añade que, á pesar de la aridez del asunto, ha sabido darle su autor una amenidad muy difícil de conseguir en materias médicas, no será exagerado decir que *El Paludismo*, de Gil y Morte, figurará desde hoy en las bibliotecas de todos los médicos y de todos los aficionados á estos estudios especiales.

Termina el trabajo del Dr. Gil y Morte con un capítulo de gran importancia dedicado á la profilaxia del paludismo, la cual, según el autor, debe cumplir alguno de los tres objetivos siguientes: 1.º, destruir los gérmenes maláricos; 2.º, impedir la inoculación de los hemospóridos; 3.º, hacer inmune para la malaria al individuo que habita lugares palúdicos.

Tal es, en síntesis, la obra del Dr. Gil y Morte, á quien felicito por lo bien que ha sabido desarrollar tema de tanta trascendencia, sobre todo para un país que, como ocurre en el nuestro, tan poco interés prestan las autoridades á la salud pública por lo cual sucede que hay regiones (provincias de Murcia y Alicante, entre otras) donde la citada enfermedad subsiste con caracteres endémicos, y llega á veces á causar estragos de una verdadera epidemia.

Repito, pues, que el estudio del Sr. Gil y Morte merece los más calurosos plácemes.

DR. P. ARIAS.

PRÁCTICAS CORSARIAS



El cual, sin vacilaciones,
lo da á su cara María,



que, radiante de alegría,
le arregla los pantalones.

P. Salas

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que la señora Heredera de Pedro Motilba, propietaria de este periódico, tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldos Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

Una palomita toma
de tu boca la comida;
me lo han dicho, y desde entonces
tengo á la paloma envidia.

En casa de un doctor:
—Padece usted una afección cardíaca, complicada
con una gastroenteritis y algo de desequilibrio cerebral.
—Y eso ¿qué es?
—Diez pesetas.

Me juras que me eres fiel,
mas yo no puedo admitirlo
si recibes en tu casa,
estando sola, á tu primo.

Decía un bebedor á sus compañeros:
—A vosotros os marea el vino porque no sabéis tomarlo.
—¿Cómo es eso?
—Empezáis por una copa, luego dos, tres, cuatro, cinco, seis, hasta doce, y resulta que, como no tienen bastante base, os marean.
—¿Y tú?
—Yo empiezo por doce y acabo por una, y así no me mareo, porque forman pirámide.

El doctor R... ha ido por primera vez de caza y ha vuelto desengañado y pesaroso.

—¡No he acertado ni un tiro!— exclama.—Indudablemente soy muy torpe.

—No se desanime usted por eso. Otra vez que vaya usted de caza, figúrese que apunta á un cliente.

¡Anda, límpiame la baba
y hazle el amor á tu madre!
No entretengas á las niñas
si no estás para casarte.

Primer coloquio entre dos novios:
—¡Cuánto le agradezco á usted, señorita, que me haya aceptado!

—¡Pero, por Dios...!

—Le explicaré la causa de mi alegría. ¡Me han dado calabazas doce chicas á las que había ofrecido mi mano!

Unos aman á la gloria,
otros adoran á Dios;
tan sólo tú, vida mía,
reinas en mi corazón.

Entre jugadores de Bolsa:
—¿Qué piensas ganar este año?
—La frontera.


Los anarquistas de acción
los encierran en mazmorras;
¿por qué no encierran tus ojos
cuando están lanzando bombas?

Respecto á las mujeres y al amor, el hombre es muy débil, sobre todo si es fuerte.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Charada

Voy á decirle una cosa,
mi simpático lector,
con el permiso de usted:
al llegar el *prima dos*,
he decidido marcharme
á *dos prima*, en donde yo
tengo amigos que me quieren
y me guardan atención.
Repase usted la charada,
mi simpático lector,
y ha de encontrar al momento
el *todo*, ó la solución.

MORENO.

Charaditas musicales

Nota, nota, nota. Tiempo de verbo.
Nota, nota, nota. Id. (d.
Nota, nota, nota. Población.
Nota, nota, nota, nota. Adjetivo.

J. VIDAL FERNÁNDEZ.

Cruz

```

* * *
* * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * * * * * *
* * *
* * *
    
```

Reemplazar las estrellitas por letras, y léase vertical y horizontalmente los siguientes resultados: 1.^a, oficio ó arte liberal; 2.^a, nombre de varón; y 3.^a, adjetivo femenino.

I. TESNOP.

Cuadrado numérico

```

* * * *
* * * *
* * * *
* * * *
    
```

Substitúyanse las estrellitas por números, de modo que sumados vertical y horizontalmente den siempre la misma cantidad.

K. MARÁ.

Logogrifo numérico

1 2 3 4 5 6 7	Nombre de mujer.
5 6 2 1 4 3 4	Id. de varón.
5 2 3 6 7 3	Verbo.
1 4 3 7 3	Id.
4 3 7 3	Id.
1 7 3	Id.
3 6	Nota musical.
1	Número romano.

JAVIER SUÁREZ.

Soluciones á lo insertado en el núm. 530

CHARADA.—Sopera.
JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Mil y mil, dos mil.
LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Alejandro.
ESTRELLA:

```

      B   M   A
      I   A   I
      B   R   L
    C A L I X T O
      C   A   A
      E   N   N
      C   O   A
    
```

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 .
Extranjero y Ultramar, un año. 17 .
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes —Pago adelantado.





20 cénts.

Núm. 532

Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA Ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.

Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio, **4 pesetas**.

Novelas ilustradas á 2 reales tomo

EL HIJO DE LA NIEVE Ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO.

LÁZARO EL MUDO Ó EL PASTOR DE FLORENCIA.

LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO.

ENRIQUE DE LAGARDERE Ó EL JOROBADO.

LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA.

CORPUS DE SANGRE Ó EXPIACIÓN.

LA CHOZA DE TOM Ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS.

VALENTÍN EL GUARDACOSTAS Ó UN CRIMEN MISTERIOSO.

LA ESPOSA MÁRTIR Ó LA HERMANA DEL CARRETERO.

ZAZÁ, MIMÍ Y C.ª

EL TENORIO DE BELCHICHE.

ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES.

LULÚ.

Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

LA PLEGARIA DE AMOR.

LA HIJA DE LA MUERTA.

EL MÁRTIR DE SU CULPA.

CORAZÓN DE MADRE.

LA CARIDAD DE UN ÁNGEL.

ABANDONADA EN EL MUNDO.

CALVARIO DE AMOR.

MAL PADRE Y BUENA HIJA.

CORAZÓN EN LA MANO.

EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.

EL PERDÓN DEL MARINO.

LÁGRIMAS DE HIELO.

EL REY DE IMERECIA.

EL CUENTO DE MARÍA.

PRESA DEL DIABLO.

ANDRAJOS Y DIAMANTES.

ENRIQUETA.

UN MOZO APROVECHADO Ó LA ORFANDAD POR HERENCIA.

LA CRUZ DEL MONTE.

EQUIVOCACIÓN FATAL.

MUJER Y ÁNGEL.

FLORES DEL ALMA. (2.ª parte de «Mujer y ángel».)

EL RECUERDO DE GLORIA.

EL SUEÑO DEL ARTISTA.

POBREZA Y VIRTUD.

Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.ª TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).
- » 2.ª LOS NÁUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 íd.)
- » 3.ª LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 íd.)
- » 4.ª AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 íd.)
- » 5.ª LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 íd.)
- » 6.ª UN DRAMA EN UN GLOBO (4 íd.)
- » 7.ª LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 íd.)

ACTUALIDADES

VIAJES AL PAIS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA ROC.

Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

EL PALUDISMO, por A. GIL Y MORTE, catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: **Una peseta**.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Román Gil, Balmes, 86**.

En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3, Heredera de P. Motilba**.

En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.—D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos.